

El Liberal
Madrid

COMENTARIO DEL MOMENTO 25-VII-23

Dictadura y revolución



Otra vez a la obra clásica de Alberto Sorel. Cuando se da con un filón así hay que explotarlo. Aunque el filón histórico es, ¡claro está!, la gran Revolución francesa.

En esa obra encontramos citadas unas palabras de Rivarol, en 1790. Decía: «O el rey tendrá un ejército, o el ejército un rey, porque las revoluciones perecen siempre por el sable: Sila, César, Cromwell.» Y Sorel agrega: «Habría podido añadir: Monck.»

Esas palabras de Rivarol detienen nuestra atención ahora, en que se habla aquí de dictadura o revolución—como si esto fuese dilemático y no cupiesen dictadura revolucionaria y revolución dictatorial—de Mussolini, el amo del rey Humberto, y de otras cosas parecidas.

«O el rey tendrá un ejército, o el ejército un rey...» Pero acaso no es esto ya aplicable a nuestra España, después del desastre africano, y sobre todo después de la implantación del servicio militar obligatorio, del servicio civil militar. Servicio que ha terminado con aquella vieja fórmula de «ir a servir al rey». «Es que—se nos dirá—de un ejército popular, civil, nacional, como el de la Convención, surgió Napoleón.» Que no era propiamente un rey, sino un emperador, que es muy otra cosa, y acaso peor. Mas dejemos ahora esto, y prosigamos.

Hay que ponerse, además, de acuerdo respecto al sentido de la dictadura. Mussolini parece ser un dictador; pero no como lo fueron Sila, César o Cromwell, que no se ampararon en ningún soberano. Mussolini se apoya en el rey Humberto, y éste en Mussolini. Y nos sorprende que cuantos execran de la dictadura de Mussolini no tengan una palabra para condenar el papel que en ella hace ese Saboya. Aunque los Saboyas tienen la tradición de someterse a dictadores, como los reyes francos, a que se conoce con el nombre de holgazanes, lo estaban a los mayordomos de palacio. ¡Con tal de cobrar su lista...!

Por otra parte, mala y todo, esa dictadura de un presidente de Consejo de ministros de la Corona nos parece pre-

ferible a la dictadura del monarca mismo, al poder personal del rey. Porque para llegar a ser dictador hay que haber nacido tal. Y se puede muy bien haber nacido rey y no dictador. Y nada más peligroso que empeñarse en ser aquello para lo que no se ha nacido. En cambio, para perfecto rey constitucional sirve cualquier hombre discreto y conocedor de sí mismo; es decir, de sus propias limitaciones.

¿Dictadura aquí? ¿Dónde está el dictador? El candidato a dictador siquiera... Ni monárquico, ni republicano.

¡Ah! ¿Ese? Ese pide la cabeza del lobo y amplifica las responsabilidades, porque si el proceso sigue por el cauce encanalado en que va, los encartados podrán sacar a plaza lo de las «sórdidas colaboraciones» que dijo Maura. Y, además, si viene la revolución—que revolución y no otra cosa es—por ese camino, es claro que no heredarán a este régimen los que han vivido de él.

¿Quién le heredará? ¿Cualquiera lo sabe...! Por de pronto, por si esto se derrumba, muchos de los que, en una u otra forma, estamos contribuyendo a su derrumbe—pues cuando una casa amenaza ruina suele ser más prudente derribarla que no apuntalarla—, no saldremos ganando, sino perdiendo, individual y personalmente, en el cambio. Por lo que hace al que esto os dice, ahora está convencido de ello. Pero no va a sacrificar a sus propios personales e individuales intereses lo que cree una necesidad—así: «una necesidad»—para la patria. Sabe que al saltar todos en las tinieblas—lo inevitable, cuanto antes mejor—, si no se rompe la crisis contra un escollo, se hundirá en una duna o en un pantano. Y tendrá que entregarse a cantar en el vacío. Pero... ¡es necesario!

¿Rencores? ¿Malas pasiones? No, no y mil veces no. Algo más hondo, mucho más hondo que lo de la responsabilidad, y es la exigencia moral, la necesidad moral de que se confiese la culpa, de la confesión de culpa y de la contrición. Aquí no ha habido más que un acto de veras noble, y fué el del vizconde de

Eza en sus últimas palabras en el Congreso. Y el de la muerte del desgraciado general F. Silvestre, si es que fué, como se dice, un suicidio. Ahora faltan los actos de nobleza de sus suicidadores.

Y a propósito de esto del suicidio queremos comentar lo que acerca de él escribía en su Diario de Cartúm, el día 14 de septiembre de 1834, el mayor general C. G. Gordon, aquel soldado rústico que pereció, junto al Nilo, víctima de las hordas del Mahdi, y que en aquel día sufrió la tentación del suicidio. Pero resistió a ella porque su suicidio «no podía hacer bien a nadie». («As it can do no good to any one»; nos complace decirlo en su original inglés para mayor claridad.)

Comentaremos, pues, el pasaje del general Gordon.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S